

ONG CARMELITA, sede europea  
Paseo del Rector Esperabé 49,  
Salamanca 37008, España  
eduardo.agosta@gmail.com



# CAMBIO CLIMÁTICO

## Desde la Espiritualidad Carmelita



***Fray Eduardo Agosta Scarel, O. Carm.***

# TABLA DE CONTENIDO

<b>El cambio climático desde la perspectiva científica vídeo Youtube</b>	<b>3</b>
El rol de la espiritualidad en el cuidado del ambiente (texto)	4
La tierra que habitamos: crisis y oportunidad (texto)	14

# EL CAMBIO CLIMÁTICO

## DESDE LA

## PERSPECTIVA

## CIENTÍFICA

Te proponemos ver el siguiente vídeo de 50 minutos. Es un seminario en línea realizado por el Movimiento Católico Mundial por el Clima, en el cual Fray Eduardo explica qué es el cambio climático, o bien, el calentamiento global, desde el conocimiento científico.

<https://youtu.be/oRXrCT9-4l8>

Preguntas para pensar y conversar con otros.

- 1) *¿Cuáles son los tres ingredientes para "cocinar" el clima en la tierra?*
- 2) *¿En qué consiste el calentamiento global? Explica con tus palabras (confrontar con Laudato Sí' 23)*

- 3) *¿Por qué la quema de combustibles fósiles es parte clave del problema?*
- 4) *¿Qué piensas que podemos hacer para comenzar el problema? (confrontar con Laudato Si' 24)*
- 5) *¿Por qué crees que todavía hay quienes "no creen" en el cambio climático? (confrontar con Laudato Si' 25)*

## **EL ROL DE LA ESPIRITUALIDAD EN EL CUIDADO DEL AMBIENTE**

Este artículo fue publicado por la Unión de Superiores Generales (UISG) en el UISG Boletín N°147, pp 30-39, Roma, 2011.

([http://www.internationalunionsuperiorsgeneral.org/wp-content/uploads/2016/01/Boll\\_147\\_spa.pdf](http://www.internationalunionsuperiorsgeneral.org/wp-content/uploads/2016/01/Boll_147_spa.pdf))

*Original en inglés (revisé la traducción, pero bien, no es del todo agradable)*

### **INTRODUCCIÓN**

Tenemos hoy en la Iglesia una creciente sensibilidad y conciencia, entendida como parte de nuestra misión de Justicia y Paz, ante el fenómeno de la degradación ambiental. Actitud difícilmente imaginable diez años atrás, o que al menos hubiera despertado ciertas sospechas. Pero ya no podemos limitarnos a defender la Justicia y la Paz luchando por la promoción y el respeto de los derechos humanos al territorio, a los alimentos, al agua, a la salud, a la educación y al trabajo, los derechos de las minorías y la desaparición por tráfico de seres humanos, por mencionar algún ejemplo de los muchos problemas que aún afectan a cientos de millones de personas, con altas e indeseables cotas mundiales. Ante el compromiso por la Justicia y la Paz se abre un nuevo horizonte, inédito hasta ahora: cuidar la creación, integrarla como parte de la dignidad de la vida de los seres humanos. Nos hemos dado cuenta de que la protección de la Naturaleza, único espacio del universo que alberga la vida humana – y de la atmósfera, que es como la manta que le da calor – es tan importante para la evangelización como el cuidado de cada persona, desde el más temprano inicio de la vida hasta la muerte. Como Carmelita, aprendí que la contemplación no es algo estático, sino el espacio interior donde la espiritualidad abraza todo lo creado.

Podemos considerar efectivamente la realidad entera, material y espiritual, a la luz del dinamismo Trinitario: *el poder de Dios, la humanidad y (demás) criaturas (visibles e invisibles)*, en mutua interrelación; y el poder de Dios – el Espíritu Santo – como fuente que sustenta toda la realidad. En la contemplación estamos llamados a

descubrirlo o a tomar progresivamente conciencia de ello, del poder del amor de Dios comunicada a la humanidad, presente en cada ser humano y en cada cosa creada; este proceso reclama una profunda transformación personal mediante la oración, la vida comunitaria y el servicio, que son los caminos de la contemplación.

Además, la Ecología (*oikos-logía* en griego) es la actividad humana que se ocupa de la gestión integral de la Naturaleza, por ejemplo, de las cosas creadas y de la humanidad, con el fin de regular las relaciones intrínsecas (*logiei*) que se despliegan entre sí dentro de la Tierra, nuestra casa común (*oikos*). “Integral” supone que se tome también en cuenta la frecuentemente olvidada dimensión divina. Por consiguiente, la expresión *crisis ecológica*, o crisis del medio ambiente, significa que la gestión integral de dichas relaciones está en peligro. Y probablemente la crisis radica en que se ha silenciado la dimensión divina de la realidad, actitud característica de nuestras sociedades occidentales. El origen de la presente crisis ecológica tiene que ver con el tipo de relaciones que la humanidad establece con Dios y con la Naturaleza. Si esto es así, podemos ver en la contemplación la posibilidad más profunda de redescubrir la dimensión divina de la realidad. De modo que la oración, la comunidad y el servicio pueden apoyarse mutuamente en el esfuerzo por dar a la Naturaleza la posibilidad de recuperarse. Tal es el vínculo entre espiritualidad y ecología.

## **RAÍCES ESPIRITUALES DE LA CRISIS ECOLÓGICA**

La comprensión del vínculo entre ecología y espiritualidad requiere, en primer lugar, que consideremos la contemplación como un camino espiritual íntimamente relacionado con el proceso de nuestro auto-conocimiento como seres humanos, tanto de los aspectos luminosos como de los aspectos oscuros de nuestra personalidad. Lo cual forma parte del camino siempre perfectible hacia la madurez afectiva, intelectual y sexual: tres dimensiones que se pueden considerar como manifestaciones del dinamismo del deseo humano. Su integración será posible y se perfeccionará si existe un proyecto ético y existencial por parte de la persona. Para los Carmelitas, por ejemplo, el proyecto consiste en *vivir en obsequio de Jesucristo* (Regla del Carmelo, 1), con todas las consecuencias descritas en nuestra regla de vida. Es decir que se trata de un itinerario espiritual para crecer en humanidad. Dios nos ha creado para eso: para crecer continuamente en humanidad, manteniendo relaciones de armonía con Él y con la creación, modeladas sobre el dinamismo trinitario que mencionábamos anteriormente. En segundo lugar, debemos entender que las raíces de la actual crisis ecológica son humanas y no puramente tecnológicas o científicas; que la solución a los problemas ecológicos no se reduce a un serio cambio en la tecnología relacionada con cada uno de ellos. Por ejemplo, no basta con adoptar tecnologías “limpias”. Si fuera ese el caso, no hablaríamos de crisis.

La actual crisis ecológica, evidenciada entre otras cosas por el cambio climático, el agotamiento de las fuentes de energía y la creciente brecha entre ricos y pobres, ha comenzado al mismo tiempo que la crisis del ser humano. Durante el siglo pasado se

consolidaron cambios sociales muy profundos; nuestra concepción del ser humano sobre todo cambió notablemente. Pasamos de comprendernos como seres dotados de razón, de autonomía y libertad, a comprendernos como eternamente insatisfechos y dependientes de la tecnología, la cual viene a su encuentro, cual atenta nodriza, para colmar nuestras necesidades y deseos.

Desde siempre la humanidad ha experimentado la insatisfacción, que se manifiesta socialmente como violencia endógena de rivalidad y lucha por la supervivencia. Frecuentemente las sociedades han tenido que contrarrestar esta violencia mediante mecanismos que canalizan su fuerza polarizada y potencialmente autodestructora. Por ejemplo, las tradiciones y religiones, con sus ritos y costumbres, contribuyen a contener o limitar la expansión de las fuerzas violentas que nacen dentro de la persona, la mayoría de ellas ocasionadas por la frustración o imposibilidad de satisfacer los deseos en el ámbito sexual, afectivo e intelectual.

Cuando digo que la tecnología es como una madre nodriza que satisface inmediatamente todos los deseos del hijo, sin posponer ninguno, no ignoro que ha posibilitado cantidad de realizaciones humanas, que ha permitido dar un gran paso hacia nuevas posibilidades de transformar nuestra propia naturaleza, de potenciar y embellecer la calidad de vida. Eso es bueno. Actualmente podemos disfrutar de un amplio desarrollo tecnológico que proporciona una vida más confortable y saludable, gracias al creciente saber científico (es su lado positivo). No obstante, ciertos modelos culturales y económicos se han apoderado del desarrollo tecnológico, lo han instrumentalizado para consolidar un programa pragmático-social de vida que podemos llamar *estilo de vida tecnocrático occidental*. Todos conocemos los motores o leyes que rigen las sociedades bajo el régimen tecnocrático: “crecimiento o muerte”, pues de otra manera se queda uno al margen del sistema; “¡a comprar, a comprar para combatir el paro!”, la palabra *paro* siendo el actual tabú; “cantidad y aceleración”, todo debe producirse a la velocidad de los ordenadores y a escala industrial; y así todo. Los nuevos códigos de referencia consideran inadecuados los ritmos humanos tradicionales y los ciclos de la naturaleza. ¿Somos conscientes de que este modelo tecnocrático de desarrollo es puramente una construcción humana? Debemos darnos cuenta de que no es una fuerza incontrolable de la naturaleza que no podemos dominar, como tantas veces nos inclinamos a pensar incluso en nuestras propias comunidades.

La economía convencional pertenece igualmente al modelo tecnocrático de desarrollo humano. Se apoya en la lógica del deseo insatisfecho, es decir, en la lógica de la violencia interna. La economía occidental alimenta la fuerza de los deseos y la avidez humana, produciendo gran cantidad de bienes que alivian pasajeramente la tensión del deseo.

Además, las sociedades globalizadas regidas por leyes tecnocráticas han creado sus propios mitos, por ejemplo, que “el mal no es real”. Ese mal que no hace daño, lo

identifican con la ausencia de bienes materiales, muy al margen del dolor y la ansiedad tan patentes en la vida real (la enfermedad, la muerte, la injusticia social, etc.). El mito significa que, desde el punto de vista tecnocrático, los deseos y la avidez humana son inofensivos, puesto que estimulan la relación entre producción y consumo, productor y consumidor, oferta y demanda.

Más creencias de nuestras sociedades globalizadas: “lo lleno es mejor que vacío”, “lo mucho es mejor que lo poco”, “lo grande, que lo pequeño”. Así que debemos tener de todo, llenarlo todo, saberlo todo. Han traducido en términos de comportamiento pragmático el principio social según el cual éxito profesional y realización personal se identifican. En nuestra cultura quedan fuera de lugar las experiencias de gratuidad como, por ejemplo, el hecho de mirar a nuestro alrededor sin otro propósito que el de mirar, pura y sencillamente; se comprende que, en este contexto, “contemplación” es una palabra extraña.

Así pues, tenemos un modelo de desarrollo social fundamentado en la teoría económica del deseo insatisfecho. Aquí surge el primer drama ecológico: el deseo humano es un dinamismo psicológico-espiritual que puede ser fácilmente manipulado por factores externos a la libertad y a la capacidad de decisión de cada persona. Podemos observar esto en el fenómeno de la globalización, donde los cambios que favorecen a la fragmentación social (pienso personalmente que las actuales y sorprendentes leyes sociales como el matrimonio “igualitario”, las familias rotas, el aborto despenalizado, las alianzas comerciales con un número muy reducido de países, etc., contribuyen a una fragmentación social que beneficia a la economía del deseo insatisfecho), y la moda fomentada por la publicidad de bienes y servicios de consumo, se han convertido en fuerzas externas que nos gobiernan internamente sin que opongamos resistencia. Ya no consumimos lo que necesitamos, sino todo lo que nos ofrecen, sin discernimiento (¿cuántas veces ha cambiado usted de teléfono celular, o le han obligado a cambiarlo, en los últimos tres años?) Tenemos hoy en día necesidades que no existían antes. Las novedades tecnológicas se nos antojan pequeños paraísos artificiales, cotidianamente actualizados y adecuados a este mundo nuestro cada vez más fragmentado. Es decir que nos han impuesto el consumismo como única posibilidad de desarrollo de la vida occidental. Y nos lo han impuesto los fuertes intereses en la economía local de las compañías multinacionales. Dicen que la única meta de la vida humana es la ganancia y que todas las actividades humanas deben tender a maximizarla. Hay que maximizar la rentabilidad económica como sea, aunque sea por ejemplo a costa de muchas vidas humanas y del ambiente. Pero en verdad, el coste de la entropía (de la resiliencia o capacidad de auto-recuperación de cada ecosistema, incluyendo el de los seres humanos) es la hipoteca que pesará sobre las futuras generaciones. No tendrán suficientes fuentes de energía para vivir (dado que ahora las estamos consumiendo en su mayor parte, al menor costo y con la mayor rentabilidad posible).

El segundo drama, enraizado en lo más íntimo de la naturaleza humana, se puede plantear de la manera siguiente: *el deseo humano es ilimitado*. Según san Juan de la Cruz, *el corazón humano no se satisface con menos de Infinito*. El infinito al que se refiere no es otro que sino el propio Dios. Por eso, cuando el deseo humano se libera a escala global, todos los bienes de la tierra son insuficientes para satisfacerlo. La tierra se ve abocada a la implosión. Los límites físicos del planeta, insuficientes en comparación con la magnitud del deseo, son evidentemente los límites naturales que se imponen a la economía del deseo insatisfecho.

Hay otro problema, también relacionado con el deseo humano ilimitado y la economía basada en él, que afecta negativamente la salud de la tierra: nuestros actos cotidianos los realizamos localmente, pero sus efectos son globales, y no somos conscientes de ello. Por todo ello, la crisis ecológica actual puede ser resumida de la manera siguiente desde el punto de vista bien conocido del cambio climático:

El calentamiento de la tierra es síntoma de que el modelo socio-económico global es, de raíz, insostenible. La temperatura del planeta aumenta porque gases de efecto invernadero (GHGs, como el CO<sub>2</sub>) son emitidos constantemente. El incremento de esas emisiones lo causan sobre todo las energías de consumo a base de petróleo, gas natural y carbón. Por otra parte, el 90% de las energías de consumo hoy utilizadas proviene de fuentes no renovables, muchas de las cuales comienzan a escasear (dicen que el petróleo durará como mucho entre 30 y 50 años). En los países muy desarrollados (25% de la población mundial), cuyo estilo de vida se caracteriza por el consumo exorbitante o consumismo, se dan altísimos consumos de energía. Es decir, que consumimos más de lo que necesitamos a causa de la manipulación del deseo humano mediante el bombardeo publicitario de los medios de comunicación masiva, que nos incitan a consumir al ritmo de las continuas innovaciones y a realizar siempre nueva y atrayentes experiencias (*¡pruébelo ya!*).

Es más, a consecuencia de los actuales modelos de desarrollo y consumo la injusticia social impera en muchas partes del mundo. El consumismo es un estilo de vida ostentoso, sobre todo comparado con las condiciones de vida de la mitad de la población mundial; un puñado de sociedades tecnológicamente desarrolladas disfrutan de tal grado de bienestar que los recursos globales se ven peligrosamente reducidos. Según datos de la FAO, la cuarta parte de la población mundial consume de forma irreversible el 80% de los recursos de la tierra para mantener su alto nivel de vida. Esto es injusto.

Por eso considero que la espiritualidad puede ser a la vez propuesta ecológica e itinerario personal hacia una transformación sanadora. La enseñanza de nuestros maestros, como san Juan de la Cruz, santa Teresa y Juan de san Sanson entre otros, se basa principalmente en el dinamismo espiritual tradicional y carmelitano del *vacare Deo*. Según esta tradición contemplativa, el camino espiritual hace madurar el deseo humano. En otras palabras: si queremos que madure el deseo humano necesitamos

canalizar sus fuerzas intrínsecas hacia metas sanas, tanto individuales como para la sociedad, y eso tendrá claros efectos sanadores en la creación.

## **CAMINO DE SANACIÓN ECOLÓGICA Y PERSONAL**

El dinamismo del *vacare Deo* (literalmente: vaciarse para Dios), o lo que es lo mismo, vivir en el dinamismo de la presencia de Dios, implica reconocer la fundamental prioridad de Dios en nuestras vidas. Juan de la Cruz dice que el más profundo deseo humano es el *deseo de Dios*. Si bien Dios no es el objeto último de nuestro deseo, el deseo humano presenta esas características tan particulares que han asombrado a los psicólogos de todos los tiempos: es al mismo tiempo deseo infinito de todo y nada. Por consiguiente, ambiguo. Es decir que lo queremos todo ahora mismo, de dondequiera que venga, sin saber exactamente de qué se trata. El deseo humano es el deseo de lo imposible.

Así pues, el camino existencial y espiritual de una vida humana consiste en prestar atención a y esforzarse por [desear] lo que realmente es importante, como María (cf. Lc 2, 19) que seguía el consejo de Jesús. Sólo cuando la persona está centrada, por ejemplo, cuando toda la fuerza de su deseo está encauzada en Dios y hacia Dios, como Ser trascendente, y por tanto libre, más allá incluso de nuestro deseo, puede gozar de paz y equilibrio. San Juan de la Cruz lo indica muy claramente en este fragmento:

*“Siempre ha menester acordarse el discreto lector del intento y fin que en este libro llevo, que es encaminar al alma por todas las aprehensiones de ella, naturales y sobrenaturales, sin engaño ni embarazo, en la pureza de la fe, a la divina unión con Dios”* (2S 28, 1).

Por eso el principal objetivo del santo carmelita es ayudar a las personas a orientarse hacia Dios, entrando en sí mismos, porque *el centro del alma es Dios* (*Llama de Amor Viva* 1, 3). Su poema *Cántico Espiritual* define exquisitamente el camino espiritual y existencial humano:

Esposa:

*1. ¿Adónde te escondiste, Amado,  
y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando, y eras ido.*

*2. Pastores, los que fuerdes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura vierdes*

*aquél que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.*

*3. Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras.*

*4. ¡Oh bosques y espesuras,  
plantadas por la mano del amado!  
¡Oh prado de verduras  
de flores esmaltado,  
decid si por vosotros ha pasado!*

*5. Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura,  
vestidos los dejó de hermosura.*

...

El *Cántico* de san Juan de la Cruz devela el origen del ilimitado deseo humano: es la herida causada por Dios (canciones 1 y 2), que deja el alma *como tierra reseca, agostada, sin agua* (salmo 63). La herida del Amado impulsa a los hombres a *salir*, a desplegar sus capacidades, enfrentándose con la realidad (canciones 3 y 4). Los psicólogos dicen que una de las funciones del dinamismo del deseo/insatisfacción es el desarrollo progresivo de la psique y de la personalidad humana en confrontación interactiva con lo externo. A nivel espiritual, salimos buscando cómo sanar la herida, recorreremos la creación entera y preguntamos a todas las criaturas, personas o cosas: “*Decid si por vosotros ha pasado*” (canción 4). Lo dramático sería esperar demasiado de ellas, pedirles que ocupen el lugar de Dios, pues la belleza que presentan nos seduce. Siempre tendremos esa tentación: hacer de las criaturas (bienes materiales o espirituales, como el éxito, el placer, la felicidad, el sexo, el poder, la ciencia, etc.) o de ciertas personas nuestros ídolos, nuestros dioses, en función de nuestros deseos.

Pero nada ni nadie sobre la tierra puede llenar la morada de Dios en el corazón humano, el espacio vacío reservado para Él. Sólo el Espíritu de Dios puede cauterizar la herida divina. La enseñanza de san Juan de la Cruz explica que el deseo humano corre el riesgo de fragmentarse en multitud de deseos inmoderados, apegados a ciertas personas o cosas. El fraile carmelita nos previene contra esa dolencia mediante la purificación del deseo, orientando toda su fuerza interior hacia Aquel que puede realmente hacernos disfrutar de una vida humana en plenitud, con total paz y armonía interior. “La Noche oscura del alma” coincide con este proceso. No se trata de

eliminar u ocultar los obstáculos de nuestras adicciones o deseos inconscientes, sino de encararlos y superarlos en el proceso de vaciamiento de la Noche. Vaciar-se espiritualmente no significa carecer de cosas, de bienes materiales o espirituales (en cierta medida los necesitamos, pues no somos ángeles), sino ser dueño de sí mismo, saber dominar nuestro deseo de poseerlos inmoderadamente o el interés excesivo que pueden despertar en nosotros:

*“Y por eso llamamos esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas, porque eso no desnuda al alma si tiene apetito de ellas, sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja el alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga. Porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entra en ellas, sino la voluntad y apetito de ellas que moran en ella”* (1S 3, 4).

Vemos pues que el itinerario espiritual carmelitano considera nuestra interioridad como recipiente, o capacidad, que debe vaciarse, liberarse de cosas y de pesadas cargas para que Dios pueda llenarlo, comunicándose Él mismo a nosotros, en el curso de nuestra vida humana. Atravesar las noches es vivir el progresivo vaciamiento o desapego de cosas y cargas que hace madurar el deseo del hombre. A medida que se avanza en este camino de madurez se va uno acercando a la unión con Dios, se opera un proceso simétrico de invasión progresiva de la escondida realidad divina. La unión del alma con Dios representa, según san Juan de la Cruz, la plenitud. Sólo cuando nos despojamos de las seguridades humanas (conocer, poseer, dominar) descubrimos nuestro verdadero valor: no reside en el conocimiento, la posesión o el poder, sino en nuestra capacidad de Dios, en Dios mismo, que da plenitud a la vida humana.

Pero las sociedades desacralizadas, sin Dios, como las nuestras, sólo conocen el recurso a la estimulación consumista ante el deseo humano ilimitado. Hoy día afrontamos fuertemente las consecuencias de una humanidad sin Dios. Los desastres naturales, el cambio climático, la contaminación atmosférica y del agua, la injusticia social, el empobrecimiento de tantos pueblos, entre otros problemas sociales y ambientales, proceden de modelos insostenibles de producción y consumo, fomentados por una economía que se apoya en el eternamente insatisfecho deseo del hombre sin Dios.

## **A MODO DE CONCLUSIÓN: ALGUNAS OBSERVACIONES ECOLÓGICAS**

La llamada espiritual a la contemplación, descrita por san Juan de la Cruz como un proceso de maduración del deseo, es una propuesta que puede sanar tanto a las personas como al planeta. Cuando la humanidad deseche la idea de que encontrará la plenitud llenándose de cosas materiales, la tierra quedará liberada de la obligación de satisfacerla infinitamente, a la medida de esos deseos incontrolados. Es una propuesta ciertamente difícil de llevar a cabo, pues supone, para empezar, creer en Dios, en el sentido trascendente de la vida y en valores como la gratuidad y el don, por encima de

la lógica de la satisfacción inmediata y del consumo. Para ello, los hombres necesitan experimentar *“otro [deseo] mayor de otro amor mejor, que es Dios mismo, para que, teniendo su gusto y fuerza en éste, tuviesen valor y constancia para fácilmente negar todos los otros”* (1S 14, 2). Es decir, que la experiencia de la fuerza que encierra el amor a Dios puede ayudar a reorientar el dinamismo interior del deseo hacia un estilo de vida más austero y sencillo, a rechazar o superar necesidades inmediatas de placer o satisfacción. Claro que esto supone un sacrificio, en su sentido más positivo, si es vivido como paciente esperanza y eficaz renuncia a favor de *algo mayor y mejor* que entra en nuestra vida.

En resumen, el camino espiritual contemplativo de transformación por medio de la oración, la comunidad y el servicio puede fomentar una recuperación personal, comunitaria y planetaria en la medida en que los elementos de esa espiritualidad nos ayudan a tomar conciencia de que:

- Pocas cosas son realmente necesarias (la sobriedad como estilo de vida personal y comunitario).
- Muchas veces, “poco” encierra “mucho” y “es bastante” (“Solo Dios basta”, solía decir santa Teresa).
- La insatisfacción forma parte de la vida (aceptémoslo con tranquilidad).
- Los deseos y aspiraciones humanas son infinitos porque estamos hechos para Dios.

No cabe duda de que la humanidad está actualmente amenazada por su capacidad de autodestrucción, limitada en el pasado por lo sagrado, pero que ahora parece ignorar cualquier límite. Sin una conciencia creciente de la dimensión divina de la realidad, no se podrá evitar la catástrofe ecológica. Es el momento de redescubrir la contemplación, para tomar conciencia de nuevo de que el deseo ilimitado del hombre manifiesta su vocación divina, de que puede encontrar a Dios en el prójimo y en la Naturaleza; de que su vocación es crecer en humanidad.

Reconozcamos que las acciones locales de nuestras comunidades tienen consecuencias globales. Cambiemos urgentemente los hábitos de nuestra vida común que pueden afectar la salud planetaria. Deberíamos también trabajar para fomentar una nueva economía de las necesidades humanas, en vez de una economía de máxima ganancia que funciona sencillamente contra todo y contra todos. El momento presente nos apremia a abrir los ojos de muchas personas a la necesidad de preservar la calidad de la vida y la existencia de las criaturas que pueblan la tierra, de forma que todas ellas, y también nosotros, podamos continuar nuestro camino diciendo que Dios *pasó por nosotros y, yéndonos mirando, vestidos nos dejó de hermosura*.

## Preguntas para pensar y conversar con otros

- 1) *Ecos y resonancias: ¿qué es lo que más te ha llamado la atención del artículo? ¿Por qué?*
- 2) *¿Qué piensas de la propuesta de la mirada trinitaria de la realidad: Dios-Humanidad-Naturaleza, todo en mutua interpenetración? (confrontar Laudato Si' 238-240)*
- 3) *¿Qué piensas del dominio tecnocrático en nuestras vidas? ¿Has tenido experiencia de ello? (confrontar Laudato Si' 101-114)*
- 4) *¿Cómo relacionas tú la contemplación, como dinamismo cristiano de relación, con tu vida cotidiana? (Confrontar con Laudato Si' 11).*
- 5) *¿Por qué el Papa Francisco nos exhorta a aprender de la vieja enseñanza cristiana de que muchas veces "menos es más" (Laudato Si' 222)?*

## LA TIERRA QUE HABITAMOS: CRISIS Y OPORTUNIDAD

*El siguiente texto es el capítulo 14 del libro: Una Tierra Habitable para Todos, de Editorial Claretiana, Buenos Aires, 2013. El texto tiene elementos en común con el anterior, pero aporta una mirada complementaria que puede ser de provecho. Lo recomiendo si queréis profundizar más sobre las raíces humanas del actual deterioro socio-ambiental de la tierra (tiene la ventaja de ser original i en español!).*

### **1. Por qué hemos hablado de crisis?**

Frente a tantas urgencias que día a día deben afrontarse en la vida sencilla del hombre de a pie, uno se pregunta para qué preocuparnos de la ecología. Aunque también esta pregunta se la plantean excusadamente los políticos y empresarios, pastores y científicos, docentes, estudiantes y comerciantes, campesinos, trabajadores, y hasta el ama de casa, que al ir al mercado a buscar una lamparita de luz para su baño, le han dicho que *lleve de estas que son ecológicas*, o sea, tratándose de las lamparitas *de bajo consumo*. ¿Y qué relación hay entre lo ecológico y el consumo?, la mujer puede que se pregunte al igual que nosotros. Es más, ¿qué relación hay, si existe, entre la lamparita del baño que queda encendida y el cambio climático? ¿Hay alguna relación entre mi consumo y mi espiritualidad? Aquí intentaremos ver que tal relación existe, y es muy grande. Por eso hablamos de que estamos atravesando una crisis global ambiental y social, o sea ecológica, jamás vista antes en toda la historia de la humanidad<sup>1</sup>.

Tenemos muchos datos técnicos e informaciones científicas que nos han permitido constatar la realidad y ver que la crisis ambiental no es un mero desquicio de unos pocos ambientalistas “verdes”. Baste leer simplemente las Declaraciones emitidas por el Consejo del Episcopado Latinoamericano (CELAM) en los últimos 5 años a partir

---

<sup>1</sup> Los científicos hablan de la era del “antropoceno”, es decir, los cambios en la tierra debido a la actividad humana en los últimos doscientos años son comparables a las eras geológicas. Cf. Declaración sobre el estado del planeta en la conferencia internacional “Planeta bajo presión”, Londres marzo 2012. Disponible en <http://www.planetunderpressure2012.net/>

de un análisis conmensurado de la situación ecológica en el continente Latinoamericano y El Caribe, y todo el mundo<sup>2</sup>.

A través de numerosas fuentes (ver capítulos precedentes de la segunda parte de este libro) se constata que hemos degradado suelos, contaminado ríos, lagos y mares. Que somos expertos en la deforestación masiva y en la extinción irreversible de la biodiversidad de nuestro planeta. Además, mientras el petróleo, el carbón y el gas son fuentes irrecuperables de energía y en desaparición, hay una distancia cada vez más creciente entre los sectores más ricos y más pobres de nuestras naciones. Y hay más datos reales: el aumento del hambre en el mundo, la desnutrición severa de pueblos y la escasez tanto de alimento como de agua potable en vastas poblaciones. Simultáneamente estamos alcanzando los récords mundiales más elevados en cosechas de grano, y transfiriendo industrias altamente extractivas y fuertemente contaminantes hacia áreas periféricas del “mundo desarrollado”. Según los datos de la Naciones Unidas, casi el 25% de la población mundial devora irreversiblemente el 80% de los recursos naturales de la tierra y el 70% de la producción mundial de alimentos. Es decir vivimos, además de una crisis ecológica, una crisis de justicia social de gran amplitud<sup>3</sup>.

Como en un espejo, la crisis ambiental nos muestra la crisis de valores de los hombres y mujeres que no hemos hecho otra cosa durante las últimas décadas que soñar despiertos (o delirar) en un futuro tecnológico de bienestar creciente y progresos ingenuos, sin cuestionarnos si los modos o maneras de llevar a cabo nuestra actividad tenían cabida en el ritmo de global de la biosfera que se entrama con la delicada complejidad de cada ecosistema viviente, entre ellos el humano.

## **2. Conciencia ecológica**

Quizás nos ayude a vislumbrar una respuesta saber que ecología, en su origen griego, significa *conocimiento del hogar*. Para el caso que hablamos aquí, el hogar es el lugar que habitamos, el cual puede ser una ciudad, una aldea, un río, todo un continente, o la misma tierra entera. Conocer este particular hogar significará poder identificar y entender las relaciones que hay entre las partes que lo componen. Por ejemplo, si hablamos de la ecología de un río, estamos refiriéndonos a procurar conocer a fondo las cualidades del agua (color, minerales disueltos, sabor o potabilidad), la vida que contiene (peces, plantas, o microorganismos), la cantidad de su caudal (que permitiría

---

<sup>2</sup>Léase, por ejemplo, las declaraciones de los seminarios sobre cuidado de la creación del CELAM, Quito 2009, Manaus 2009, Buenos Aires 2010 y Lima 2011, presentadas en la sección 6 del Cap. III.

<sup>3</sup> Cf. “La riqueza mundial crece en términos absolutos, pero aumentan también las desigualdades. En los países ricos, nuevas categorías sociales se empobrecen y nacen nuevas pobrezas. En las zonas más pobres, algunos grupos gozan de un tipo de súper-desarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora.” Caritas in Veritate 22.

aprovecharlo para generar energía), desde donde viene y hacia dónde va la corriente, etc. Este conocimiento nos permitirá en teoría hacer uso del río en forma equilibrada, es decir, de no estropear sus propiedades de manera que podamos sacar provecho del río por mucho tiempo, incluso, que también puedan aprovecharlo las generaciones futuras, recibiendo al río tal como lo recibimos nosotros.

El hecho de que los seres humanos podamos *sacar provecho* del río, significa que lo estamos considerando como un recurso para algunos fines predeterminados. Cabe recordar que existen poblaciones de seres humanos que no tienen esta concepción de las cosas, se trata de ciertas poblaciones indígenas (como los Yanomami en la Amazonía brasileña) que consideran al río (y cualquier otro lugar de la tierra) como parte integrante de la comunidad, es decir, propiamente el río, o el árbol, o la planta, forma parte de *su hogar* (por eso ellos son considerados propiamente, ¡ecológicos!), y por tanto toda actividad que realicen con el río, o el árbol o la planta, será en forma equilibrada. Pues nadie sensato si necesita hacer fuego, lo haría con la madera del techo que abriga su hogar.

Fuera de este pequeño grupo de pobladores dispersos por el mundo, la mayoría de los seres humanos vemos la naturaleza y la tierra misma como una vasta fuente de recursos para nuestras actividades. Un riesgo que siempre corremos es que nuestra mirada muchas veces *desconoce* las reales capacidades de la naturaleza (o sea nos falta, ¡ecología!) y podemos abusar de su uso al punto de desvirtuar irreversiblemente el recurso natural. Es nuestra típica concepción mental ingenua, o infantil o mágica, de que la tierra es enorme e inagotable en recursos, al punto que “creemos” que ella podrá resolver los líos ecológicos que engendramos por doquier. En este sentido nuestro pensamiento humano colectivo es ingenuo, casi mágico, a la hora de pensar en que la “tierra puede soportar todo” porque es inmensa.

### 3. *La tierra, lugar finito*

En la forma de pensar dominante en nuestras sociedades, los recursos de la tierra pueden ser tomados y considerados en dos grandes grupos: la materia prima por un lado, y energía disponible o aprovechable, por el otro. Cualquier actividad humana que queramos realizar necesariamente requiere el empleo de materia prima y de energía disponible, con la paradoja que cada vez que se utilizan, la materia prima ya deja de ser definitivamente materia prima (el proceso al que es sometido lo transforma en otra cosa irre recuperable) y la energía consumida, si bien no se pierde nunca, deja de estar de una forma aprovechable y se convierte en energía inutilizable. Es decir, cada actividad humana realizada no deja las cosas tal como las habíamos encontrado.

Pensemos por ejemplo, en la madera seca de un árbol. La naturaleza nos provee del árbol; de él extraemos la materia prima, la madera seca. Esta madera puede ser usada

en, por ejemplo, un mueble: entonces ya pasa a ser una madera con menos posibilidades de transformación para otra ocasión. O bien, si en vez de hacer un mueble con la madera seca hacemos una fogata, la energía contenida en el interior de la materia es liberada en forma de luz y de calor. La energía no se perdió pero ya no está más disponible para ser utilizada como queramos y no hay manera de hacer que esa luz y ese calor que se dispersó en el aire vuelvan al carbón negro y rearmen nuevamente la madera seca. Sin ahondar demasiado en la razón física (la cual se llama segunda ley de la termodinámica), cada vez que hacemos uso de los recursos naturales (materia prima y energía disponible), por más que reciclemos, reforestemos o renovemos, siempre nos queda en el balance una menor capacidad de aprovechar el recurso natural para otra cosa. Ese es el precio real que hay que pagar cada vez que consumimos: una disminución de las oportunidades para generar nuevas cosas, o nuevas actividades a futuro. Nótese que entre los especialistas del ambiente, este costo real de toda actividad humana se llama *costo entrópico* y, paradójicamente no entra nunca en la ecuación económica de una empresa ni de la economía global. El precio que se paga por el producto no da cuenta de ello. El costo entrópico lo pagan las generaciones futuras, ya que se hipoteca la disponibilidad de recursos en el futuro y la naturaleza misma, impactando en su equilibrio degradándola. Este hecho del costo entrópico, tan real como nuestra nariz, debería hacernos pensar dos veces antes de ponernos a gastar los recursos del planeta tan fácilmente como lo hacemos hoy, motivados por una sociedad de consumo: ¿realmente es tan necesaria esta actividad que me impulsan a realizar, o es tan imprescindible aquél producto que me impelen a comprar?

#### **4. Razones humanas y espirituales de la crisis ecológica global**

La tierra que habitamos los seres humanos es en cierta manera nuestro único hogar. No hay otro lugar donde escapar si ocurre lo peor. Hemos visto que toda actividad humana, por más simple que sea, consume recursos de la tierra y energía disponible en forma irreversible. Sin embargo, no todo está perdido en términos de la naturaleza y su capacidad de auto-recuperarse (resiliencia). Hay un margen de recuperación de los recursos que genera la tierra que el ser humano debe respetar si desea prolongar en el tiempo sus actividades en pos del desarrollo humano. A este modo amigable de explotar los recursos se llama *desarrollo sustentable o sostenible*, que hasta el día de hoy, no deja de ser más que un concepto teórico. Prácticamente jamás se ha dado plenamente en las sociedades industrializadas. Por esta razón en los grandes foros internacionales se ha hablado muchas veces de que para superar la crisis ambiental es imperante cambiar los patrones de desarrollo y de consumo que caracterizan a nuestras sociedades.

En la práctica, el desarrollo sostenible se transformó en una justificación para continuar explorando y explotando la Naturaleza y a los seres humanos en un marco materialista

de expansión o crecimiento económico y maximización de beneficios para unos pocos (ver Cap. VI). En otras palabras, el desarrollo sostenible no ha podido cambiar el “patrón” o modelo de desarrollo convencional. Paradójicamente, bajo el paraguas del desarrollo sostenible hemos justificado el continuar haciendo lo que venimos haciendo hasta ahora, sin cambiar nada. Nuestro discurso consciente actúa “como si” estuviéramos actuando razonablemente y persiguiendo unos propósitos sanos. Sin embargo, el desarrollo sostenible no ha sido otra cosa entonces que un intento de demorar la descomposición violenta de nuestras sociedades, en un sentido de demorar sus muertes. Continuamos pensando que la ciencia y la tecnología podrán *mágicamente* salvarnos, mientras seguimos destruyendo el planeta. ***En definitiva, el fracaso patético del tan ansiado desarrollo sostenible parece fundamentarse en una violencia endógena típica de nuestras sociedades, una lucha por la supervivencia, que hoy por hoy no está encauzada saludablemente.*** Esta lucha rival desde hace cerca de siglo y medio se interpreta únicamente a nivel económico como acciones que buscan a toda costa “maximizar los beneficios”. De esta manera, nuestros recursos naturales aparecen como medios de esta rivalidad humana, que previenen a nuestras sociedades de desaparecer enteramente si se las dejase a la libertad de su pura violencia.

Debe destacarse que ha habido siempre un elemento de insatisfacción humana en las sociedades que ha posibilitado la civilización y la cultura cuando es encaminada sanamente. La propia psicología humana está caracterizada por un mundo ilimitado de deseos de toda índole y, trágicamente, la mayor parte de estos deseos se frustran en el plano real dando origen a la violencia endógena. Las sociedades a menudo han respondido a este tipo de violencia con mecanismos que cooperan con la canalización de las fuerzas polarizadas del corazón humano en una dirección positiva, que de otra manera serían capaces de producir la autodestrucción. Así, las sociedades tradicionales con sus ritos y costumbres, han sido competentes para ayudar a contener la expansión de este tipo de fuerzas violentas, mediante la superación de la frustración que siente la gente en las diferentes dimensiones de la vida humana, sexual, afectiva e intelectual. Las tradiciones sagradas y religiones ancestrales, cumplían la función de límites o frenos al mundo ilimitado del deseo. O sea, ellas canalizaban la violencia interna que proviene de la insatisfacción en la vida humana originada por la frustración del deseo ilimitado. Nos daban reglas de interpretación de la realidad, tales como la esperanza, el concepto de cielo, lo bueno, lo malo, etc., que nos ayudaban a postergar el deseo inmediato de satisfacción y que, al mismo tiempo, ayudaban a integrarlos en una vocación o misión en pos del bien común.

Desde una perspectiva espiritual, el deseo humano es un dinamismo que posibilita el enlace, la apertura a los otros, al mundo y a Dios. Este enlace y apertura al otro es una propiedad subjetiva de la humanidad. Se trata de un impulso hacia afuera, es decir, un transitar más allá de los límites en todas sus formas. El ser humano busca, desea, trascender, o sea, se siente atraído por aquello incomprensible que está más allá de sí mismo. Por lo tanto, en las profundidades del alma humana siempre anida la nostalgia

de la comunión, de la soledad y la intimidad sin límites, que a su vez moviliza a superar los límites. Este impulso es vital ya que por él el individuo es capaz de desplegar y desarrollar sus potencialidades en interacción con los otros y el ambiente. A su vez, la intensidad de este salir hacia afuera es inagotable y desbordante y configura la dinámica nuclear de la experiencia religiosa. En palabras de San Agustín: *Tú nos creaste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*. El Génesis enseña, que el ser humano está llamado a mantener un diálogo profundo y una íntima comunión con Dios, el Creador, porque ha sido creado a su imagen y semejanza (Gn 1,27). Por tanto Dios pone los seres humanos en camino hacia Él, que es la fuente y meta trascendente de su deseo. Dicho con otras palabras, los deseos infinitos del corazón humano son testigos de un origen y una meta que están más allá de los límites de la realidad física. Un santo carmelita, San Juan de la Cruz, solía afirmar que: *el corazón humano no se satisface con menos de Infinito*. Esto es así porque está creado para buscar a Dios: se trata de aquella sed profunda del corazón humano que testimonia la posibilidad de una Fuente de Agua Viva (cf. Jn 7,37).

Pero hoy vivimos en sociedades desacralizadas, seculares, donde no hay lugar para Dios ni la experiencia religiosa. De este modo las sociedades no tienen otras formas de lidiar con el ilimitado deseo humano que no sea fomentando el consumismo por todos los medios posibles. Hoy nos enfrentamos con claridad a las consecuencias de una humanidad sin Dios. ***Los desastres naturales, el cambio climático, la contaminación atmosférica y del agua, la injusticia social, el empobrecimiento de nuestros pueblos, entre otras cuestiones ambientales y sociales, tienen mucho que ver con las actitudes culturales y políticas que reducen la prosperidad social e individual a la producción y el consumo forzados por una economía basada en el deseo humano eternamente insatisfecho.*** A esta altura es claro que la economía convencional actual y global se edifica sobre la lógica de la insatisfacción del deseo. Y cuando el deseo humano ilimitado es liberado materialmente a escala planetaria, no hay recursos suficientes para satisfacerlo. El planeta es demasiado pequeño en comparación a la infinitud del deseo humano.

Asimismo, el mundo del deseo constituye un dinamismo psicológico interno que puede fácilmente ser manipulado desde afuera. La legalidad, los modelos, la moda de bienes de consumo son externos a la libertad y decisión de cada ser humano. La publicidad de objetos tecnológicos fascinantes es la aliada maestra de la economía. Por eso estamos transitando un cambio en la comprensión de nuestro ser humano: ya no somos seres interdependientes, individuos autónomos, guiados por la sola razón y equipados de libre voluntad, según entendíamos tradicionalmente al ser humano. La modernidad suponía que desde nuestra libertad y racionalidad los seres humanos podíamos elegir las mejores posibilidades para nosotros y lograr o cumplir nuestros sueños. Esto ya no parece ser más el caso.

Más aún, nuestras sociedades convencionales globalizadas creen que el mal no existe. Probablemente el mal es entendido como la ausencia de bienes y productos, lo cual es

una percepción pobremente materialista. Así surgen las creencias: “lo lleno es mejor que lo vacío”, “lo mucho que lo poco”, “lo grande que lo pequeño”, y otros tantos similares. . Y no nos quedan alternativas, debemos llenarlo todo, conocerlo todo y tenerlo todo de todas partes y ¡ya mismo! Para esta creencia materialista, la avaricia y el consumismo son inofensivos porque contribuyen a alimentar la rueda sin fin producción/consumo, oferta/demanda que es la regla de oro de su propio destino.

De este modo, *el consumo excesivo de bienes materiales (consumismo) se ha impuesto como la única manera de prosperidad individual y social en este mundo globalizado*. Ha sido impuesto por los fuertes intereses en la economía local de empresas globales. Nos enseñaron que el único objetivo humano en la vida es “la ganancia” y que cada acción humana tiende a maximizarla. La maximización de la ganancia es a expensas de lo que sea, es decir, contra la vida de muchas personas y el ambiente. Este modelo reduccionista de desarrollo humano es el que expropia tierras, destruye comunidades indígenas, expulsa campesinos, genera excluidos, expande villas miseria, favorece el armamentismo desmedido y beneficia a unos pocos (véase capítulos V al XIII). Por eso el verdadero costo entrópico, como hemos dicho, es la hipoteca existencial de las generaciones futuras y de los pobres de hoy. En el futuro, nuestros hijos y nietos, como lo atestiguan los pobres excluidos de hoy, no tendrán suficientes fuentes de energía ni recursos para vivir dignamente, ya que nos estamos consumiendo los recursos de la tierra al menor costo y la máxima ganancia. Lo paradójico es que este real costo entrópico no entra en las ecuaciones económicas de mercado. Ni siquiera en la llamada *economía verde* que es un intento contemporáneo de apropiarnos económica y totalmente del ambiente<sup>4</sup>.

¿Es posible cambiar la manera en que consumimos y nos desarrollamos en nuestras sociedades? En principio sí. En definitiva, lo que rige el consumo y el desarrollo de una sociedad es la economía, que en su origen griego, adecuadamente significa *administración (de los recursos del) del hogar*. La economía debería intentar administrar eficazmente lo que se posee para que todos se beneficien por igual. Pero la economía de hoy se rige por otras motivaciones que poco tienen que ver con la administración eficaz de los recursos de la tierra que son escasos. El gran problema ecológico mundial es un problema económico y político que en última instancia hace referencia a una crisis ética, es decir, una crisis de valores que orienten el comportamiento de los seres humanos encauzando los deseos hacia fines saludables, tanto colectivos como individuales.

## 5. *Crisis ambiental: La economía en el banquillo de los acusados*

---

<sup>4</sup> Cf. Instituto de Observación Mundial, Naciones Unidas, Programa de Economía Verde.  
[http://www.worldwatch.org/programs/global\\_economy](http://www.worldwatch.org/programs/global_economy)

Empecemos con este ejemplo: el calentamiento global, o también llamado cambio climático (ver capítulo VIII). Se puede afirmar que el calentamiento global es un síntoma de un modelo socio-económico global que es insustentable por naturaleza. Casi como lo es la fiebre para el cuerpo humano, sólo que acá el cuerpo es la tierra entera. Veamos cómo:

La temperatura de la tierra aumenta porque hay más emisiones de gases de efecto de invernadero (CO<sub>2</sub>, etc.). Hay más emisiones porque el mundo consume más energía. La energía proviene de recursos no renovables y la mayoría de ellos está al límite del agotamiento, por ejemplo, la energía basada en petróleo puede durar a lo sumo unos 30 o 40 años más. Para ilustrar mejor la idea: hoy cada habitante en el mundo consume por año la energía a base de petróleo equivalente a la producción de materia orgánica por toda la biósfera ¡durante 400 años! Las altas demandas de energía están asociadas con sociedades altamente desarrolladas cuyos estilos de vida se caracterizan por un consumo exorbitante, que algunos lo llaman consumismo. El consumo exorbitante significa que consumimos más de lo que realmente necesitamos. Diríamos que el consumismo es casi un estilo de vida lujurioso comparado a los empobrecidos estilos de vida de cerca de 3500 millones de seres humanos, la mitad de la población mundial<sup>5</sup>. ¡No todo el mundo se suena la nariz con pañuelitos descartables!

A partir de lo anterior, es imperante que como ciudadanos de sociedades globalizadas seamos capaces de superar la economía de la avaricia por medio de la inclusión de al menos una pequeña fracción de ética universal, es decir, de unos pocos valores que son profunda y esencialmente humanos. La economía no es una fuerza natural ante la cual la humanidad ha de sucumbir sin más remedio, sino que es una construcción humana y debe ser regida por valores humanos<sup>6</sup>. Tal como se ejerce en la actualidad, la economía convencional está muy lejos de lograr la erradicación de la injusticia social que ella misma genera, ya que todavía se basa en la lógica irracional del crecimiento infinito. "*La idea de una economía de no crecimiento puede ser un anatema para un economista. Pero la idea de una economía en constante crecimiento es un anatema para un ecologista*", sostiene magistralmente Tim Jackson, economista<sup>7</sup> y director de la Comisión para el Desarrollo Sostenible del gobierno del Reino Unido<sup>7</sup>.

Por suerte en la humanidad hay un despertar ecológico, social y ambiental. Hay una sensibilidad ecológica creciente y presente en muchas expresiones religiosas de todo el mundo. Al menos en este tema, muchas religiones del mundo reconocen la necesidad urgente de preservar la creación que está sostenida por el amor del Creador.

---

<sup>5</sup> Cf. Estadísticas de la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, <http://www.fao.org/>

<sup>6</sup> Cf. Benedicto VI; Caritas in Veritate, 36.

<sup>7</sup> Cf. Tim Jackson, Informe sobre Prosperidad sin crecimiento: Transición a una economía sostenible (original en inglés), en <http://www.sd-commission.org.uk/publications.php?id=914>

Hasta cierto punto, pienso que esta corriente ecológica puede ser una de las muchas maneras en que Dios Creador viene hoy a visitarnos, y es un modo por el cual Dios continúa sosteniendo y expandiendo la obra de la creación.

Esta sensibilidad ecológica, alimentada y orientada por la riqueza de la tradición espiritual católica y cristiana, puede ser de alguna manera una voz profética, alternativa, en medio del discurso imperante. Es por esta razón que nos vemos en la necesidad urgente de desarrollar un concepto de economía verde, si vale la pena llamarlo así, dentro de un marco ético que abre el camino a las negociaciones que incluyen el bien común, el desarrollo humano y social en el marco de los recursos limitados de la Tierra, superando así la voracidad de las relaciones puramente económicas<sup>8</sup>.

En un futuro cercano se requerirá un profundo cambio en el concepto del ser humano establecido por Adam Smith, padre de la economía convencional, y que nos ha re-interpretado en la cultura moderna gracias a la economía clásica. Hemos construido un ser humano entendido como *homo economicus*, o sea, uno ser vacío, cuya suprema aspiración en la vida es tener más y ganar más a costa de quien sea y lo que sea.

El nuevo proceso para que haya sociedades prósperas y sostenibles requerirá sin duda la recuperación de los valores esenciales y universales del bien vivir, superando así el mero concepto de bienestar, pobremente medido por la riqueza material a través, por ejemplo, del producto bruto interno. Los valores del bien vivir sugieren discontinuar la lógica individualista de hiper-consumos para incluir la salud, la educación, la recreación en espacios públicos, el trabajo y servicio con repercusiones directas a la comunidad, la participación social y política libre, y bienes de consumo que llevan a vivir en armonía con la comunidad y la naturaleza. Asimismo el bien vivir implica una felicidad interior, o satisfacción interior, como la apertura positiva ante la vida y el respeto mutuo. Estos últimos valores son esencialmente parte de la experiencia religiosa, y tan humana, y de la realización del ser humano. Tenemos que volver a descubrir la experiencia espiritual como una auténtica dimensión humana que no se puede negar, sin consecuencias graves para esta porción del cosmos que conocemos, el lugar en que vivimos.

Sólo de esta manera, podremos crecer en la conciencia de nuestra pequeñez y vulnerabilidad, que en la actualidad se manifiesta en el sufrimiento de toda la creación de Dios, es decir, en el sufrimiento de tantos hombres y mujeres de este mundo, y de la naturaleza. Al final de este proceso de cambio recuperaremos nuestro ser humano auténtico que es ser *homo solidarius*, es decir, seres humanos solidarios con los demás, la naturaleza, y por qué no, el mismo Dios, como fuente de la alteridad y soporte del universo. Esta es nuestra esencia humana y, en este sentido, considero que

---

<sup>8</sup>Cf. Benedicto VI; ídem.

las comunidades de fe tenemos mucho trabajo por delante para hacer juntos en este tiempo.

## 6. ¿Qué podemos hacer como comunidades de fe?

Estamos frente a un histórico desafío del desarrollo humano y de la prosperidad social. Se trata de la transición hacia una economía sostenible que requerirá nuevas políticas y nuevos compromisos sociales. Para ello, hay necesidad de **establecer los límites** para el despliegue humano de acuerdo con los límites físicos del planeta. Esto significa que tenemos que fomentar el uso racional de las fuentes de energía mediante la asignación de prioridades a las actividades humanas, con el fin de otorgar más posibilidades de desarrollo para las generaciones futuras y para más personas hoy en día. No se trata de estar peleados con la tecnología, o de carecer de bienes y productos. Sino que se trata de priorizar metas colectivas y usar eficientemente los recursos de la tierra. Para lograr esto hay necesidad urgente de **ajustar el modelo económico** teniendo en cuenta los recursos finitos del planeta. Esto significa que debemos trabajar por el desarrollo de una nueva economía basada en las necesidades humanas, y no una economía de la mera maximización de las ganancias. Nuestros esfuerzos deben orientarse hacia la gestión racional de los recursos naturales y la generación de tecnología que ayude a generar beneficios económicos a largo plazo. El peligro real y presente es ilusionarnos con que sea posible, gracias a la magia tecnológica, una economía de crecimiento infinito con ganancia inmediata y el ahorro de los recursos de la tierra, todo al mismo tiempo.

Asimismo, a la par de fomentar una serie de prácticas comerciales menos agresivas, hay que trabajar por el cambio de la **lógica social**, que todavía hoy está basada en la cultura del consumismo y la erosión del compromiso social e individual. No podemos seguir siendo sin más, miopes consumidores de novedades tecnológicas. La prosperidad social, esto es, el desarrollo y la realización humana y comunitaria, tiene que despegarse del deterioro psicológico y ambiental impulsado por la lógica del consumo excesivo. Para ello hay necesidad de promover comportamientos y actitudes que reconozcan la sencillez y la austeridad como formas de realización humana y de transformación, alcanzables a través del servicio, la comunidad y la oración. En este sentido creo que el camino espiritual tanto individual como comunitario puede llevar a una sanación social y planetaria, siempre y cuando el servicio, la comunidad y la oración, como actitudes de fe, nos puedan ayudar a caer en la cuenta de que:

- ✓ Hay pocas cosas son realmente importantes en nuestras vidas.
- ✓ *La austeridad como estilo de vida personal y comunitaria trae prosperidad. Una Mayor austeridad en la vida de unos pocos puede cambiar actitudes y hacer disponible lo necesario para la vida de muchos.*

- ✓ Poco suele ser suficiente, incluso demasiado. *Sólo Dios basta*, decía Santa Teresa de Ávila decía.
- ✓ La insatisfacción es parte de nuestro viaje por la vida, hecho que debe ser aceptado pacíficamente.
- ✓ Las aspiraciones humanas y los deseos son infinitos porque están hechos para buscar a Dios.

En este sentido creo que es un tiempo para la contemplación y para que nuestras comunidades sean escuelas de sentido. No hay duda de que la humanidad se enfrenta a su propia capacidad autodestructiva. En el pasado, esta capacidad solía estar limitada por lo sagrado, pero ahora parece ser ilimitada. Sin un crecimiento de la conciencia de que el ser humano es algo más que pura materialidad, la catástrofe ecológica planetaria parece ser inevitable. El dinamismo contemplativo significa pasar de un universo múltiple y repleto a otro de simplicidad y vacío. Nuestros místicos llaman a este proceso purificación, vaciamiento, desnudez o soledad del alma. A medida que el alma, esto es, la persona humana se vacía de todas las cosas que la llenan, el alma puede ser llenada por Dios que es pura sencillez; o sea, el hombre o la mujer puede experimentar plenitud, contento y satisfacción interior. Ahora bien, el dinamismo espiritual requiere una llamada íntima de amor para así superar todas las demás satisfacciones que la multiplicidad del mundo ofrece. Con esto quiero decir que Dios no solamente tendrá que ser objeto de nuestra fe sino también objeto de nuestro amor, es decir, Dios tendrá que ser una experiencia afectiva en nuestras vidas, como desde siempre han enseñado nuestros santos místicos.

